

Felipe Abárzuza, gran pintor gaditano, para encargarme el busto de don Manuel de Falla con destino al teatro Falla, de Cádiz.

Era el año de 1927. Juan Cristóbal se trasladó a Granada donde vivía el maestro, en el que luego fué llamado "Cannem de Falla".

—Allí le hice el busto. Durante aquella estancia en Granada al lado de don Manuel puedo decir que se inició una gran amistad, cosa nada fácil, por lo extraño de su carácter.

Juan Cristóbal, que está sentado en una silla de tijera, desaparece por una puertecilla que hay al fondo y viene con un retrato de Falla, dedicado. Puede leerse perfectamente: "A Juan Cristóbal, noble artista y muy querido amigo, con la admiración y la gratitud de su modelo gaditano."

—Cuando llegué a casa del maestro Falla, era el reinado de "Confucio III". Esto, que de primera intención parece un disparate, es totalmente exacto. Don Manuel tenía siempre un gato en su casa, y este a que me refiero era el tercero de una dinastía.

Le preguntamos a Juan Cristóbal que si Falla acostumbraba hablar mientras posaba.

—Hablabla de todo menos de música. Odiaba el Renacimiento, y éste era el tema de nuestras grandes discusiones. Una mañana me dijo: "Juan Cristóbal, va a oír usted una obra mía que aún no conoce nadie." Se sentó al piano e interpretó un fragmento de la "Atlántida", en la que trabajaba.

Por último hablamos de la estatua ecuestre del Cid, una de sus últimas obras.

—La realicé con mucha fantasía, muy poco dinero y muchos disgustos. Me fracturé el brazo dos veces al caerme del andamio.

#### LA VIDA PINTORESCA

Aparte del valor humano que se desprende de su obra, la vida de Juan Cristóbal está llena de anécdota y de poesía. Es verdad que pertenece a una época todavía romántica, en que los artistas podían dejar libre su albedrío porque la vida tenía menores exigencias.

Juan Cristóbal es, como todo artista, cachoso. De sus compras fabulosas se ha hablado mucho en la vida madrileña de reuniones y tertulias.

—Pero ¿es cierto que ha comprado usted un molino de viento?

—¿Cómo que si es cierto? En la época de la guerra fui a Campo de Criptana en busca de víveres, acompañado del doctor Canales y de don Tomás Pajares. Visité, como es natural, el pueblo.

Pero lo que más le impresionó a Juan Cristóbal de todo cuanto vió en Campo de Criptana fué un molino de viento, el único que funcionaba en el pueblo. El dueño del molino se llamaba Javier, alias "Manjavacas", padre de treinta y dos hijos, buen sujeto. Cuando le habló Juan Cristóbal de su deseo de comprarle el molino, Javier, alias "Manjavacas", frunció el ceño y dijo, como para quitarse al visitante de encima, que no se lo vendía a nadie, pero que de venderlo ponía como condición que el comprador trepara por el aspa hasta el tejado.

Cuando terminó "Manjavacas" de pronunciar la última palabra, Juan Cristóbal empezó a subir por el aspa con agilidad de gato montés.

"Manjavacas", que no cabía en su asombro, le dijo al bajar:

—Ha ganado usted, y le vendo el molino de viento.

Aquella misma tarde se firmaba la escritura de compra del molino de viento, y Juan Cristóbal pagaba su importe: seis mil pesetas.

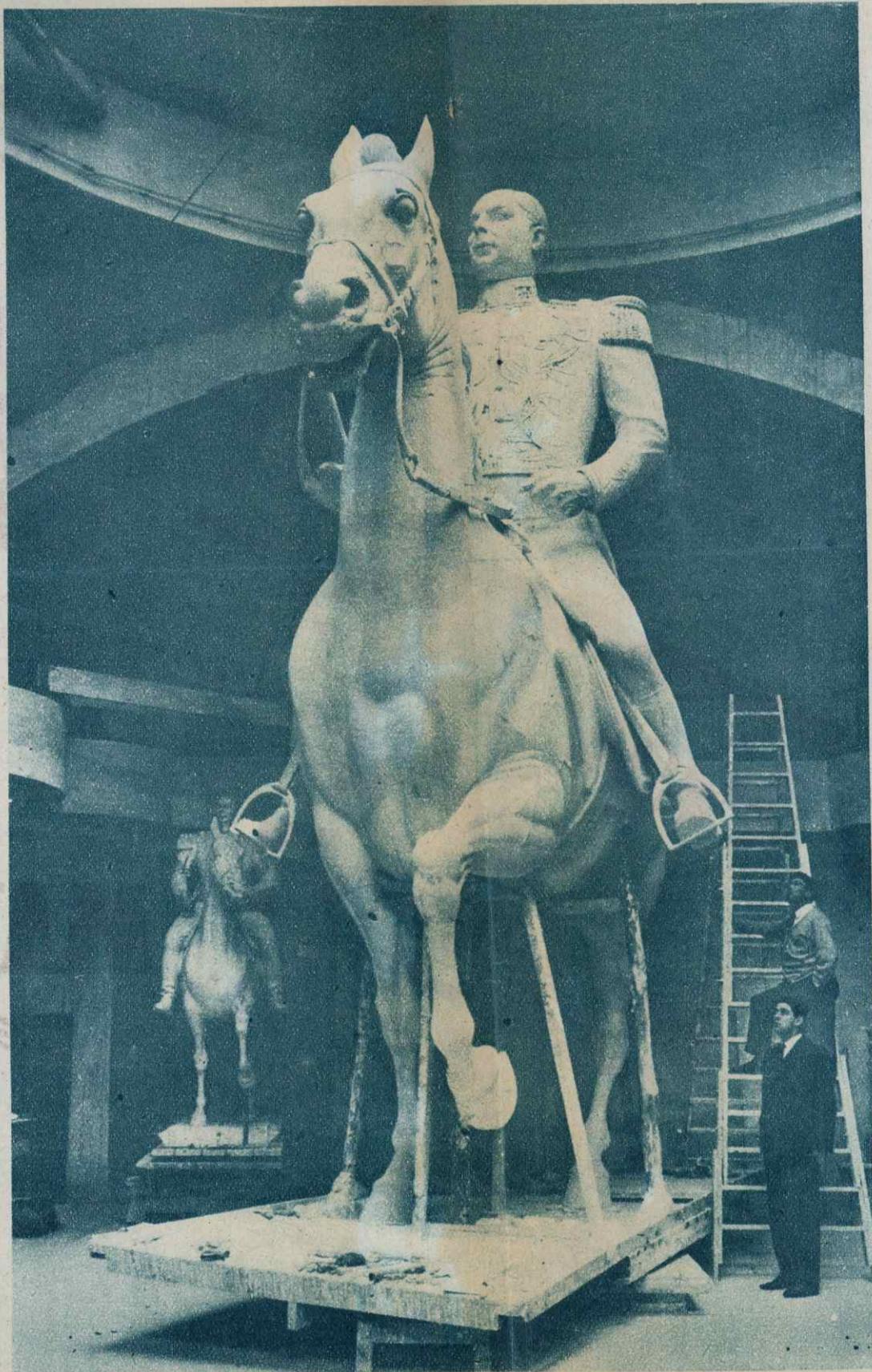
—Terminada la guerra, a la primera persona que visitó don Ignacio Zuloaga en Madrid fué a mí. Comenzamos a contar-

nos las cosas. Don Ignacio me explicaba cómo le habían colocado cuarenta cañones en le jardín de su casa de Zumaya. Lo contaba de un modo épico. Yo entonces le dije que me había comprado un molino de viento en Campo de Criptana. Se quedó sin palabras. Yo, al verle tan emocionado, le dije que iríamos a visitar el molino. Así lo hicimos. Don Ignacio se echó a llorar de alegría y empezó a preguntar por el pueblo que cuál de los molinos se vendía para comprarlo. No había ninguno en venta, porque estaban en ruinas. Entonces le cedí una parte. Creo que

le hice feliz. Pensamos hacer allí el monumento al "Quijote". Desde entonces Zuloaga empezó a pintar algunos cuadros con motivos adecuados. Yo hice una imagen de Cervantes. Luego Zuloaga se murió, y quedó todo aquel proyecto en suspenso. Espero que algún día me sea posible continuarlo.

Podríamos proseguir. Pero la vida de Juan Cristóbal da para algo más que para escribir un reportaje. Sirvan estas líneas como pretexto para presentar su última obra.

M. G.-S.



Estatua ecuestre del general Trujillo para la República Dominicana. (Foto V. Muro.)